



CASSANDRA CLARE

El Señor de las Sombras

CAZADORES DE SOMBRAS
RENACIMIENTO

DESTINO

LIBRO 2

LA ISLA DEL TIEMPO

CAZADORES
DE SOMBRAS:
RENACIMIENTO

EL SEÑOR DE LAS SOMBRAS

Cassandra Clare

Traducción de Patricia Nunes

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *THE DARK ARTIFICES #2: LORD OF SHADOWS*
© 2017 by Cassandra Clare, LLC
Publicado originalmente en Estados Unidos por Margaret K. McElderry Books,
un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division
Publicado mediante acuerdo con Baror International, INC,
Armonk, New York, U.S.A.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Patricia Nunes, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2017
ISBN: 978-84-08-17628-2
Depósito legal: B. 16.845-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

AGUAS QUIETAS

Hacía muy poco que Kit sabía lo que era un mayal, pero en ese momento, colgando por encima de su cabeza, había un estante lleno de ellos, relucientes, cortantes y letales.

Nunca había visto nada igual a la armería del Instituto de Los Ángeles. Las paredes y los suelos eran de granito plateado, e islas de ese mismo material se alzaban a intervalos por todas partes, lo que hacía que la sala pareciera la exposición de armas y armaduras de algún museo. Había cayados y mazas, bastones de paseo de ingenioso diseño, collares, botas y chaquetas acolchadas que escondían finos puñales para acuchillar y lanzar, manguales cubiertos de terribles púas y ballestas de todos los tipos y tamaños.

Las islas de granito estaban tapadas por pilas de relucientes instrumentos fabricados en *adamás*, la sustancia parecida al cuarzo que los cazadores de sombras arrancaban de la tierra y que solo ellos sabían cómo convertir en espadas, puñales y estelas. Pero a Kit le interesó más el estante donde se hallaban las dagas.

No era que tuviera ningún deseo particular de aprender a usar una daga; nada aparte del interés normal que, suponía, la mayoría de los adolescentes tenía por las armas, pero incluso así, habría preferido que le dieran una ametralladora o un lanzallamas. Pero esas dagas eran puro arte; las empuñaduras con incrustaciones de oro, plata y piedras preciosas: zafiros azules, rubís cabujones,

brillantes dibujos de espinas grabadas en platino y diamantes negros.

Se le ocurrían al menos tres personas en el Mercado de Sombras que se las comprarían por una buena cantidad de dinero sin hacer preguntas.

Quizá hasta cuatro.

Kit se quitó la chaqueta vaquera que llevaba (no sabía a cuál de los Blackthorn habría pertenecido antes. A la mañana siguiente de su llegada al Instituto se había despertado con una pila de ropa recién lavada esperándolo a los pies de la cama) y se puso una chaqueta acolchada. Captó de reojo su imagen en el espejo del fondo de la sala. Pelo rubio mal cortado, los últimos moretones que iban desapareciendo de su pálida piel. Abrió la cremallera del bolsillo interior de la chaqueta y comenzó a llenarlo de dagas envainadas, escogiendo las que tenían las empuñaduras más bonitas.

La puerta de la armería se abrió de pronto. Kit dejó caer sobre el estante la daga que sujetaba y se volvió a toda prisa. Pensaba que había salido de su dormitorio sin que nadie lo notara, pero si algo había aprendido durante su corta estancia en el Instituto, era que Julian Blackthorn se daba cuenta de todo, y sus hermanos y hermanas no le iban a la zaga.

Pero no era Julian. Se trataba de un hombre joven al que Kit no había visto nunca, aunque algo en él le resultaba familiar. Era alto, con el cabello rubio alborotado y la constitución de un cazador de sombras: hombros anchos y brazos musculosos, con las líneas negras de la Marcas rúnicas con que se protegían asomándole por el cuello y los puños de la camisa.

Sus ojos eran de un raro color dorado oscuro. Llevaba un anillo de plata pesado en un dedo, al igual que muchos otros cazadores de sombras. Miró a Kit alzando una ceja.

—Te gustan las armas, ¿verdad? —le preguntó.

—Están bien. —Kit retrocedió un poco hacia una de las mesas, esperando que las dagas del bolsillo no tintinearan y lo delatasen.

El hombre se acercó al estante que Kit había estado revolviendo y cogió la daga que él había dejado caer.

—Has escogido una muy buena —dijo—. ¿Ves la inscripción del mango?

Kit no la veía.

—Fue hecha por uno de los descendientes de Wayland *el Herrero*, quien forjó a *Durendal* y a *Cortana*. —El hombre hizo rodar la daga entre los dedos antes de volver a dejarla en el estante—. No son tan extraordinarias como *Cortana*, pero son dagas que siempre regresarán a tu mano después de que las lances. Muy conveniente.

Kit carraspeó para aclararse la garganta.

—Deben de valer mucho —comentó.

—Dudo que los Blackthorn quieran venderlas —replicó el hombre con sequedad—. Soy Jace, por cierto. Jace Herondale.

Hizo una pausa. Parecía estar esperando alguna reacción, pero Kit estaba decidido a no mostrar ninguna. Conocía el nombre de Herondale, claro. Parecía que era la única palabra que todos le habían dicho en las dos últimas semanas. Pero no quería darle a ese hombre, a Jace, la satisfacción que evidentemente buscaba.

Jace pareció indiferente al silencio de Kit.

—Y tú eres Christopher Herondale.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kit, intentando mantener una voz neutra y sin entusiasmo. Odiaba el nombre Herondale. Odiaba esa palabra.

—Aire de familia —contestó Jace—. Nos parecemos. De hecho, te pareces a los retratos de un montón de Herondale que he visto. —Calló un momento—. Además, Emma me envió una foto tuya al móvil.

Emma. Emma Carstairs le había salvado la vida a Kit. Desde entonces no habían hablado mucho; después de la muerte de Malcolm Fade, el Mago Supremo de Los Ángeles, todo había resultado un caos. Él no había sido la prioridad de nadie, y además tenía la sensación de que Emma lo consideraba solo un crío.

—Muy bien. Soy Christopher Herondale. La gente no para de decírmelo, pero para mí no significa nada. —Kit alzó el mentón—. Soy un Rook. Kit Rook.

—Sé lo que te dijo tu padre. Pero eres un Herondale. Y eso significa algo.

—¿Qué? ¿Qué significa? —quiso saber Kit.

Jace se apoyó en la pared de la armería, justo bajo los pesados mandobles. Kit deseó que se le cayeran en la cabeza.

—Sé que sabes de la existencia de los cazadores de sombras —repuso Jace—. Mucha gente los conoce, sobre todo los subterráneos y los mundanos con la Visión. Uno de ellos es lo que creías que eras, ¿verdad?

—Nunca pensé que fuera un «mundano» —replicó Kit. ¿Acaso los cazadores de sombras no se daban cuenta de lo mal que sonaba esa palabra?

Pero Jace no le hizo caso.

—La sociedad y la historia de los cazadores de sombras... son cosas que la mayoría de la gente que no es nefilim ignora. El mundo de los cazadores de sombras está formado por familias, cada una con un nombre que ama y mantiene. Cada familia tiene una historia que transmitimos a las sucesivas generaciones. Durante toda la vida, cargamos con el peso y la gloria de nuestro nombre, lo bueno y lo malo que nuestros antepasados hicieron. Tratamos de honrar nuestro nombre para aligerar el peso de los que vengan tras nosotros. —Cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía las muñecas cubiertas de Marcas; en el dorso de la mano izquierda había una que era como un ojo abierto. Kit se había fijado en que todos los cazadores de sombras parecían tenerla—. Entre los cazadores de sombras, el apellido posee un gran significado. Los Herondale han sido una familia que ha marcado el destino de los cazadores de sombras durante generaciones. No quedamos muchos; todos pensábamos que yo era el último. Jem y Tessa eran los únicos que estaban convencidos de que tú existías. Te han estado buscando durante mucho tiempo.

Jem y Tessa. Junto con Emma ayudaron a Kit a escapar de los demonios que habían asesinado a su padre. Y le contaron una historia: la historia de un Herondale que traicionó a sus amigos y huyó para comenzar una nueva vida lejos de los otros nefilim. Una nueva vida y una nueva familia.

—He oído hablar de Tobias Herondale —replicó Kit—. Así que soy el descendiente de un gran cobarde.

—Las personas no son perfectas —dijo Jace—. No todos los

miembros de tu familia son extraordinarios. Pero cuando vuelvas a ver a Tessa, y lo harás, ella te podrá hablar de Will Herondale. Y de James Herondale. Y de mí, claro —añadió con modestia—. Entre los cazadores de sombras, soy muy importante. No lo digo para intimidarte.

—No me siento intimidado —espetó Kit, y se preguntó si ese tipo iba en serio. Había un brillo en los ojos de Jace mientras hablaba que indicaba que quizá no se estuviera tomando demasiado en serio todo lo que le decía, pero no podía estar seguro—. Lo que siento son ganas de que me dejéis en paz.

—Ya sé que hay mucho que asimilar —contestó Jace, y le dio una palmadita en la espalda—. Pero Clary y yo estaremos aquí mientras nos necesites para...

El gesto hizo saltar una de las dagas que Kit llevaba en el bolsillo. Cayó al suelo resonando, entre sus pies, parpadeando desde el suelo de granito como un ojo acusador.

—Bien —dijo Jace en el silencio que siguió—. Así que estás robando armas.

Kit, que sabía que negarlo no tendría ningún sentido, no respondió.

—De acuerdo; mira, ya sé que tu padre era un sinvergüenza, pero ahora tú eres un cazador de sombras y... Espera, ¿qué más tienes en la chaqueta? —exigió saber Jace. Con un movimiento algo complicado del pie izquierdo hizo saltar la daga por el aire. La cogió limpiamente, los rubís de la empuñadura salpicando luz—. Quítatela.

En silencio, Kit se quitó la chaqueta y la tiró sobre la mesa. Jace le dio la vuelta y abrió el bolsillo interior. Ambos miraron el brillo de las hojas y las piedras preciosas.

—Entonces —continuó Jace—, querías escaparte, supongo.

—¿Y para qué voy a quedarme? —estalló Kit. Sabía que no debía hacerlo, pero no pudo evitarlo; era demasiado: la pérdida de su padre, su odio por el Instituto, la petulancia de los nefilim, sus exigencias para que aceptara un apellido que no le importaba en absoluto y del que no quería ser portador—. Este no es mi sitio. Puedes soltarme todo ese rollo sobre mi familia, pero no significa nada para mí. Soy el hijo de Johnny Rook. Toda mi vida me he preparado para ser como

mi padre, no como tú. No te necesito. No os necesito a ninguno de vosotros. Lo único que necesito es algo de dinero para montar mi propio tenderete en el Mercado de Sombras.

Jace entrecerró sus ojos dorados y, por primera vez, Kit vio, bajo la fachada de arrogancia y empatía, el brillo de una inteligencia muy aguda.

—¿Para vender qué? Tu padre vendía información. Le costó años, y un montón de mala magia, conseguir todos sus contactos. ¿Quieres vender tu alma del mismo modo, para poder ir malviviendo en los límites del mundo de los subterráneos? ¿Y qué hay de lo que mató a tu padre? Tú lo viste morir, ¿no?

—Demonios...

—Sí, pero alguien los envió. Quizá el Guardián esté muerto, pero eso no significa que no haya nadie que ande buscándote. Tienes quince años. Quizá pienses que querrías morir, pero créeme..., no quieres hacerlo.

Kit tragó saliva. Trató de imaginarse a sí mismo detrás del mostrador de un tenderete en el Mercado de Sombras, como lo había estado haciendo los últimos días. Pero lo cierto era que siempre se había sentido seguro allí porque iba con su padre. Porque la gente le tenía miedo a Johnny Rook. ¿Qué sería de él sin la protección de su padre?

—Pero no soy un cazador de sombras —insistió Kit. Miró por toda la sala, a los millones de armas, los montones de *adamas*, los trajes de combate, los protectores de cuerpo y los cinturones de armas. Era ridículo. Él no era ningún ninja—. Ni siquiera sabría cómo empezar a serlo.

—Espera una semana más —respondió Jace—. Otra semana aquí, en el Instituto. Pruébalo. Emma me contó que venciste a esos demonios que mataron a tu padre. Solo un cazador de sombras podría hacer eso.

Kit apenas recordaba haber luchado contra los demonios en casa de su padre, pero sabía que había sido así. Su cuerpo se hizo con el control y luchó, e incluso, de un modo extraño y oculto, creía haber disfrutado.

—Es lo que eres —continuó Jace—. Eres un cazador de sombras.

Eres en parte ángel. Tienes la sangre de los ángeles en las venas. Eres un Herondale, lo que, por cierto, no solo significa que formas parte de una bella familia, sino que además perteneces a un linaje que posee muchas propiedades valiosas, incluidas una mansión en Londres y una casa señorial en Idris, de las cuales seguramente te corresponde una parte.

Kit miró el anillo que Jace llevaba en la mano izquierda. Era de plata, pesado, y parecía muy antiguo. Y valioso.

—Te escucho.

—Lo único que digo es que esperes una semana. Después de todo —Jace sonrió de medio lado—, los Herondale nunca se resisten a un buen reto.

—¿Un demonio Teuthida? —preguntó Julian a través del teléfono, frunciendo las cejas—. Eso es como una sepia, ¿no?

Pudo oír la respuesta: Emma reconoció la voz de Ty, pero no captó sus palabras.

—Sí, estamos en el muelle —continuó Julian—. Aún no hemos visto nada, pero acabamos de llegar. Es una pena que no haya por aquí plazas de aparcamiento reservadas para los cazadores de sombras...

Mientras le prestaba solo una parte de su atención a la voz de Julian, Emma miró a su alrededor. El sol acababa de ponerse. Siempre le había gustado el muelle de Santa Mónica; ya desde muy pequeña, cuando sus padres la llevaban allí para jugar al hockey de mesa y montarse en la vieja noria. Le encantaba la comida basura: hamburguesas y batidos de leche, almejas fritas y piruletas gigantes de colores en espiral. Y el Pacific Park, el antiguo parque de atracciones en el extremo del muelle, sobre el océano Pacífico.

Durante años, los mundanos habían invertido millones de dólares en remodelar el muelle para convertirlo en un reclamo turístico de la ciudad. El Pacific Park tenía muchas atracciones nuevas y relucientes; los viejos carritos de churros ya no estaban, y habían sido sustituidos por helados artesanos y bandejas de langostas. Pero los tabloncillos de madera bajo los pies de Emma seguían curvados y curti-

dos por años de sol y salitre. El aire seguía oliendo a azúcar y a algas. La noria seguía llenando el espacio con su música mecánica. Seguía habiendo juegos en los que se lanzaban monedas y se podía ganar un panda de peluche gigante. Y seguía habiendo oscuridad bajo el muelle, donde se hallaban mundanos sin rumbo y, a veces, cosas más siniestras.

Eso era lo que tenía ser cazador de sombras, pensó Emma mientras contemplaba la enorme noria decorada con relucientes bombillas LED. Una cola de mundanos, ansiosos por subirse, se extendía por el muelle. Más allá de las barandillas, Emma podía ver el mar azul oscuro, ribeteado de blanco donde rompían las olas. Los cazadores de sombras veían la belleza en las cosas que creaban los mundanos: las luces de la noria reflejadas con tal intensidad contra el océano que parecía como si alguien estuviera lanzando fuegos artificiales bajo el agua; rojo, azul, verde, lila y dorado. Pero los cazadores de sombras también veían la oscuridad, el peligro y la suciedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Julian. Se había metido el móvil en el bolsillo de su chaqueta de combate. El viento, porque siempre había viento en el muelle, un viento que soplaba incesantemente desde el océano, oliendo a sal y a lugares lejanos, le alborotó las suaves ondas de su cabello castaño, que le acariciaron las mejillas y las sienas.

«Pensamientos oscuros», quiso responder Emma. Pero no pudo. Antes, Julian era la persona a la que podía contárselo todo. Pero se había convertido en una a la que no podía decirle nada.

En vez de responder, esquivó su mirada.

—¿Dónde están Mark y Cristina?

—Por allí. —Julian señaló con el dedo—. Donde se lanzan los aros.

Emma siguió su mirada hasta un tenderete de brillantes colores en el que la gente competía para ver quién conseguía lanzar un aro y colarlo por el cuello de una de la docena de botellas que aguardaban alineadas. Intentó no sentirse superior, pero parecía que era algo que los mundanos consideraban difícil.

El medio hermano de Julian, Mark, tenía tres aros de plástico en la mano. Cristina, con el cabello oscuro recogido en un perfecto moño, se hallaba a su lado, comiendo palomitas caramelizadas y

riendo. Mark lanzó los aros: los tres a la vez. Cada uno de ellos salió girando en una dirección diferente y aterrizó alrededor del cuello de una botella.

Julian suspiró.

—Vaya forma de pasar desapercibidos.

Una mezcla de vítores y sonidos de incredulidad se alzó entre los mundanos que esperaban para probar suerte en el tenderete. Afortunadamente, no había muchos, y Mark pudo recoger su premio, algo en una bolsa de plástico, y escaparse con un mínimo de alboroto.

Volvió hacia ellos junto con Cristina. El extremo de sus orejas puntiagudas le sobresalía entre los rizos de cabello claro, pero se había cubierto con un *glamour* para que los humanos no se lo vieran. Mark era medio hada, y su sangre subterránea se mostraba en lo delicado de sus rasgos, la punta de las orejas y los ángulos de los pómulos y los ojos.

—¿Así que es un demonio sepia? —comentó Emma, sobre todo por decir algo que llenara el silencio entre Julian y ella. En los últimos días había muchos silencios entre los dos. Solo habían pasado dos semanas desde que todo había cambiado, pero Emma notaba profundamente la diferencia, hasta en los huesos. Sentía la distancia de Julian, aunque este había sido de lo más correcto y amable desde que Emma le dijera que había algo entre Mark y ella.

—Eso parece —contestó Julian. Mark y Cristina ya podían oírlos; Cristina se estaba acabando las palomitas y miraba con tristeza al interior de la bolsa, como esperando que aparecieran más. Emma podía entenderla. Mientras tanto, Mark miraba su premio—. Sube por el lado del muelle y se lleva a gente, sobre todo a niños; a cualquiera que se incline sobre la barandilla para hacer una foto por la noche. Pero se está volviendo más osado. Al parecer, alguien lo vio entre los juegos, cerca de la mesa de hockey... ¿Es un pez?

Mark alzó la bolsa de plástico. En el interior, un pequeño pez de color naranja nadaba en círculos.

—¡Esta es la mejor patrulla que hemos hecho nunca! —exclamó—. Nunca se me había recompensado con un pez.

Emma suspiró. Mark se había pasado los últimos años de su vida en la Cacería Salvaje, el grupo más anárquico y feroz de todas las

hadas. Cruzaban el cielo cabalgando a lomos de todo tipo de seres encantados: caballos, ciervos, enormes perros agresivos y hasta motocicletas; rapiñaban los campos de batalla, robando los objetos valiosos de los cadáveres para entregarlos como tributo a las Cortes de las hadas.

Desde su regreso, Mark se estaba adaptando bien a su familia de cazadores de sombras, pero aún había momentos en que la vida cotidiana parecía pillarlo por sorpresa. Notó que todos lo miraban con las cejas en alto. Pareció alarmarse y rodeó a Emma por los hombros con un inseguro brazo mientras le tendía la bolsa con la otra mano.

—He ganado este pez para ti, mi señora —dijo, y la besó en la mejilla.

Fue un beso dulce, cariñoso y suave, y Mark olía como siempre: como el frío aire del exterior y la hierba de los prados. Y tenía mucho sentido, pensó Emma, que Mark supusiera que la sorpresa que mostraban todos se debía a que estaban esperando que le diera a ella el premio. Después de todo, era su novia.

Emma intercambió una mirada preocupada con Cristina, que había abierto mucho los ojos. Julian parecía estar a punto de vomitar sangre. Pasó solo un instante antes de que pudiera recuperar su semblante indiferente, pero Emma rechazó el regalo de Mark con una sonrisa de disculpa.

—A ver si no se me muere —afirmó—. Mato a las plantas con solo mirarlas.

—Sospecho que a mí me pasaría lo mismo —repuso Mark mirando el pez—. Es una pena... Iba a llamarlo *Magnus*, porque en él relucen las escamas.

Al oír eso, Cristina soltó una risita. Magnus Bane era el Brujo Supremo de Brooklyn, y tenía debilidad por las cosas brillantes.

—Supongo que lo mejor será que lo deje libre —decidió Mark. Y antes de que alguien pudiera decirle nada, fue hasta la barandilla del muelle y vació la bolsa, con pez incluido, en el mar.

—¿Alguien le ha dicho que ese pez era de agua dulce? —preguntó Julian a media voz.

—La verdad es que no —contestó Cristina.

—¿Acaba de matar a *Magnus*? —inquirió Emma, pero antes de que Julian pudiera contestarle, Mark se dio la vuelta.

Su expresión se había tornado seria.

—Acabo de ver algo subiendo por uno de los pilares bajo el muelle. Algo que no es nada humano.

Emma notó un leve estremecimiento. Los demonios que habitaban en el océano se veían pocas veces en tierra. En ocasiones tenía pesadillas en las que el océano se volvía del revés y vomitaba su contenido sobre la playa: cosas babosas con espinas y tentáculos, negruzcas y medio aplastadas por el peso del agua.

En pocos segundos, todos los cazadores de sombras tenían las armas en la mano. Emma aferraba su espada, *Cortana*, una hoja dorada que le habían regalado sus padres. Julian empuñaba un cuchillo serafín y Cristina, su navaja mariposa.

—¿Hacia dónde ha ido? —preguntó Julian.

—Hacia el final del muelle —contestó Mark; era el único que no había sacado su arma, pero Emma sabía lo rápido que era. Su apodo en la Cacería Salvaje había sido Tiro de elfo, porque era veloz y cierto con el arco y las flechas o con los cuchillos arrojados—. Hacia el parque de atracciones.

—Yo iré para allá —dijo Emma—. Intentaré llevarlo al borde del muelle. Mark, Cristina, id por debajo; atrapadlo si intenta volver a meterse en el agua.

Tuvieron el tiempo justo de asentir antes de que Emma saliera corriendo. El viento le tiraba del cabello trenzado mientras sorteaba a la gente que avanzaba hacia el iluminado parque en el extremo del muelle. Notaba a *Cortana*, cálida y firme en la mano, y sus pies volaban sobre las planchas de madera curvadas por el mar. Se sentía libre, todos los problemas dejados de lado, centrada de mente y cuerpo en la tarea que tenía por delante.

Oyó pasos a su lado. No necesitó mirar para saber que se trataba de Jules. Sus pasos habían estado junto a los de ella desde que era una cazadora de sombras en activo. Su sangre se había derramado junto a la de ella. Él le había salvado la vida y ella se la había salvado a él. Él era parte de su yo guerrero.

—Ahí —le oyó decir, pero Emma ya lo había visto: una forma

oscura y encorvada que subía por la estructura de soporte de la noria. Las cestas continuaban girando y los pasajeros gritaban entusiasmados, sin percatarse de nada.

Emma llegó a la cola de la noria y comenzó a abrirse paso a empujones. Julian y ella se habían dibujado runas de *glamour* antes de llegar al muelle, y resultaban invisibles para el ojo mundano. Sin embargo, eso no significaba que no pudieran hacer notar su presencia. Los mundanos de la cola soltaron palabrotas y gritos cuando ella los fue empujando o apartándolos a codazos.

Una cesta estaba llegando al suelo, y una pareja, una chica que comía algodón de azúcar de color lila y su larguirucho novio vestido de negro, estaban a punto de subir. Emma miró hacia arriba y vislumbró al demonio Teuthida reptando hacia lo alto del soporte de la noria. Soltó un taco, apartó a la pareja, casi tirándolos al suelo, y saltó a la cesta. Era octogonal, con un banco que circundaba el interior y mucho sitio para permanecer de pie. Oyó los gritos de sorpresa mientras la cesta se alzaba y la elevaba, alejándola de la escena de caos que había creado abajo: la pareja que había estado a punto de subir le gritaba al encargado de los tickets, y los que estaban en la cola se increpaban los unos a los otros.

La cesta se bamboleó bajo sus pies cuando Julian aterrizó junto a ella y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Lo ves?

Emma entornó los párpados. Había visto al demonio, estaba segura de ello, pero este parecía haber desaparecido. Desde ese ángulo, la noria era una confusión de luces brillantes, radios que giraban y barras de hierro pintadas de blanco. Las dos cestas bajo ellos estaban vacías; la cola debía de estar recolocándose.

«Bien», pensó Emma. Cuanta menos gente hubiera en la noria, mejor.

—Para. —Notó la mano de Julian sobre la de ella, haciéndola volverse. Se tensó de la cabeza a los pies—. Runas —añadió él conciso, y Emma se dio cuenta de que Julian tenía la estela en la mano libre.

La cesta continuaba elevándose. Abajo, Emma vio la playa, la oscura agua derramándose sobre la arena, las colinas del Palisades

Park alzándose verticales por encima de la autovía, coronadas por una fila de árboles y arbustos.

Las estrellas se veían tenues más allá de las brillantes luces del muelle. Julian le cogió el brazo con una especie de distancia clínica. Se lo giró, y la estela describió unos rápidos movimientos sobre la muñeca de Emma: runas de velocidad, agilidad y mejora auditiva.

Eso era lo más cerca que Emma había estado de Jules en dos semanas. Se sentía casi mareada por su proximidad, como un poco embriagada. Él inclinaba la cabeza, con los ojos fijos en lo que estaba haciendo, y ella aprovechó la oportunidad para quedarse cuanto pudo de su imagen.

Las luces de la noria se habían vuelto ámbar y amarillas, y salpicaban de oro la bronceada piel de Jules. El pelo ondeado le caía sobre la frente. Emma sabía lo suave que era la piel de las comisuras de su boca, conocía la sensación de sus hombros bajo las manos: fuertes, duros, vibrantes. Tenía las pestañas largas y espesas, y tan oscuras que parecían pintadas de negro; Emma casi esperaba que le dejaran marcas de polvillo negro sobre las mejillas al parpadear.

Era guapo. Siempre lo había sido, pero Emma se había fijado en ello demasiado tarde. Y en ese momento permanecía de pie con un brazo en jarra y el cuerpo dolorido de la tensión porque no podía tocarlo. Nunca podría volver a tocarlo.

Julian acabó lo que estaba haciendo y le dio la vuelta a la estela para ofrecerle el mango a Emma. Esta la cogió sin decir palabra mientras él se abría el cuello de la camisa hasta más abajo del borde de la chaqueta. La piel ahí era un poco más pálida que la bronceada piel de las manos y la cara; cubierta por las débiles Marcas blancas de runas que se habían desvanecido después de ser usadas.

Emma tuvo que acercársele más para dibujarle las Marcas. Las runas fueron naciendo bajo la punta de la estela: agilidad, visión nocturna. La cabeza le llegaba justo debajo de la barbilla de Julian. Le miraba directamente al cuello, y lo vio tragar.

—Solo dime... —comenzó él—... solo dime que te hace feliz. Que Mark te hace feliz.

Emma levantó la cabeza de golpe. Había acabado de dibujar las runas y él le cogió la estela de la mano inmóvil. Por primera vez en

lo que parecía una eternidad, Julian la estaba mirando a los ojos; los suyos se le volvieron azul oscuro por los colores del cielo nocturno y el mar, que se extendían a su alrededor mientras se acercaba a lo alto de la noria.

—Soy feliz, Jules —contestó Emma. ¿Qué importaba otra mentira entre tantas? Nunca le había resultado fácil mentir, pero estaba aprendiendo. Había descubierto que cuando la seguridad de la gente a la que amaba dependía de ello, podía hacerlo—. Es... es lo más inteligente, lo más seguro para nosotros dos.

La línea de la boca de Julian se endureció.

—Eso no es...

Emma emitió un grito ahogado. Una silueta retorcida se alzó detrás de él; era del color de una mancha de aceite, los pilosos tentáculos sujetos a un radio de la noria. Tenía la boca abierta: un círculo perfecto repleto de dientes.

—¡Jules! —gritó Emma. Saltó fuera de la cesta y se agarró a una de las finas barras de hierro que corrían entre los radios. Colgando de una mano, lanzó un tajo con *Cortana*, que alcanzó al Teuthida cuando este se echaba hacia atrás. La cosa aulló y soltó un chorro de icor. Emma dio un grito cuando la salpicó en el cuello, quemándole la piel.

Un cuchillo se clavó en el cuerpo redondo y nervado del demonio. Mientras se subía a uno de los radios, Emma miró hacia abajo y vio a Julian sobre el borde de la cesta, con otro cuchillo ya en la mano. Apuntó y lo arrojó...

El arma cayó en el suelo de una cesta vacía. El Teuthida, sorprendentemente rápido, había desaparecido de la vista. Emma lo oyó bajar por el entramado de barras de metal que formaba el interior de la noria.

Enfundó a *Cortana* y comenzó a avanzar despacio, dirigiéndose a la base de la noria. Las luces LED estallaron a su alrededor en colores morados y dorados.

Emma tenía icor y sangre en las manos, lo que hacía su descenso más resbaladizo. De un modo extraño, la vista desde la noria era hermosa; el mar y la arena extendiéndose ante ella en todas direcciones, como si estuviera colgando del borde del mundo.

Notó el sabor de la sangre y la sal en la boca. Más abajo, vio a Julian, fuera de la cesta, descendiendo por un radio. Él alzó la mirada hacia ella y señaló en dirección a un punto. Emma siguió la línea de su dedo y vio al Teuthida casi en el centro de la noria.

Los tentáculos se sacudían alrededor del cuerpo bulboso del demonio, y golpeaban el corazón de la noria. Emma notó la reverberación en los huesos. Estiró el cuello para ver qué hacía el monstruo y se quedó helada: el centro de la noria era un enorme perno que la sujetaba a los soportes estructurales. El Teuthida estaba tirando de él, tratando de soltarlo. Si lo lograba, toda la estructura se desprendería y rodaría fuera del muelle, como una rueda de bicicleta sin control.

Emma no se hacía ilusiones de que nadie en la noria, o cerca de ella, pudiera sobrevivir. La rueda caería aplastando a cualquiera que estuviera debajo. Los demonios se alimentaban de la destrucción, de la energía de la muerte. Este iba a darse un banquete.

La noria dio algunas sacudidas. El Teuthida tenía los tentáculos pegados al perno de hierro y tiraba de él con fuerza. Emma redobló su velocidad, sin embargo, estaba demasiado arriba. Julian se hallaba más cerca, pero Emma sabía qué armas llevaba: dos cuchillos arrojadizos, que ya había lanzado, y los cuchillos serafines, que no eran lo bastante largos para alcanzar al demonio.

Julian la miró mientras se estiraba cuan largo era sobre la barra de hierro. Estaba firmemente agarrado con la mano izquierda y extendía el otro brazo con la mano abierta.

Emma supo de inmediato, sin tener que pensarlo, lo que le estaba proponiendo. Respiró hondo y se soltó del radio.

Cayó al vacío hacia Julian, y abrió la mano. Se agarraron con fuerza entre sí, ella lo oyó lanzar un grito ahogado al soportar su peso. Emma se balanceó hacia adelante y hacia abajo; se aferró a la mano derecha de Julian con su izquierda y con la otra sacó a *Cortana* de la vaina. El impulso de la caída la enviaba hacia adelante, al centro de la noria.

El demonio Teuthida alzó la cabeza cuando ella cortó el aire en dirección a él, y por primera vez Emma le vio los ojos; eran ovalados, satinados por una capa protectora. Casi parecieron abrirse como ojos

humanos cuando blandió a *Cortana*. La espada se hundió en la cabeza del demonio y le atravesó el cerebro.

Los tentáculos se sacudieron en un último espasmo agónico; el cuerpo quedó flácido y fue resbalando por uno de los radios de la noria. Llegó al final del mismo y cayó al suelo.

Desde la distancia, Emma creyó oír una fuerte salpicadura. Pero no tuvo tiempo de pensarlo. Julian estaba tirando de ella. Emma envainó a *Cortana* mientras Julian la alzaba hasta el radio en el que se hallaba tumbado, de manera que ella cayó hacia adelante, apoyándose en parte sobre él.

Julian seguía agarrándole la mano, jadeante. Sus ojos se encontraron solo un segundo. A su alrededor, la noria giraba y los bajaba al suelo. Emma vio la muchedumbre de mundanos en la playa, el resplandor del agua a lo largo de la orilla, incluso una cabeza rubia y otra morena, que podrían ser las de Mark y Cristina...

—Buen trabajo de equipo —dijo Julian al final.

—Lo sé —repuso Emma, y era cierto. Eso era lo peor: que él tenía razón, que aún trabajaban perfectamente juntos como *parabatai*. Como compañeros de lucha. Como un par de soldados que nunca podrían separarse.

Mark y Cristina los esperaban bajo el muelle. Mark se había descalzado y se había metido en el agua. Cristina estaba doblando su hermosa navaja. A sus pies había un amasijo de arena babosa y agonizante.

—¿Habéis visto esa especie de calamar cayendo de la noria? —les preguntó Emma, al acercarse a ellos con Julian.

Cristina asintió.

—Ha caído casi en la orilla. No estaba muerto del todo, así que Mark lo ha arrastrado a la playa y ha acabado con él. —Pateó la arena que tenía delante—. Era muy asqueroso. Mark se ha llenado de babas.

—A mí me ha caído icor encima —explicó Emma, mirando las salpicaduras en su traje—. Era un asco de demonio.

—Sigues estando muy hermosa —dijo Mark con una sonrisa galante.

Emma le sonrió, intentando que no pareciera forzado. Le estaba muy agradecida porque representaba su papel sin protestar, aunque debía de encontrarlo extraño. Cristina opinaba que Mark estaba sobreactuando, pero Emma no lo creía así. A Mark no le gustaba mentir; había pasado tantos años entre las hadas, que eran incapaces de decir mentiras, que le resultaba antinatural.

Julian se había apartado de ellos y volvía a estar al teléfono, hablando en voz baja. Mark salió del agua y metió los pies en las botas. Ni él ni Cristina estaban totalmente cubiertos por un *glamour*, y Emma notó las miradas que les dirigían los mundanos que pasaban por allí; porque era alto y guapo y porque sus ojos brillaban con más intensidad que las luces de la noria. Y porque uno de sus ojos era azul y el otro dorado. Y porque había algo en él, algo indefiniblemente extraño, un rastro asilvestrado de Feéra. Feéra, que siempre hacía pensar a Emma en grandes extensiones abiertas, en la libertad y la anarquía. «Soy un chico perdido —parecían decir sus ojos—. Encuéntrame.»

Al acercarse a Emma, Mark alzó la mano y le apartó un mechón de pelo de la cara. Ella sintió un estremecimiento, una sensación de tristeza y euforia, el anhelo de algo, aunque no sabía de qué.

—Era Diana —dijo Julian, y sin siquiera mirarlo, Emma sabía qué cara tendría al hablar: serio, pensativo, considerando con cuidado la situación—. Jace y Clary han llegado con un mensaje de la Cónsul. Van a reunirse en el Instituto y quieren que vayamos para allá ahora mismo.